

"Se me dió aviso de que entre Nonoalco y la casa de D. Atilano Sánchez se movía una fuerza amenazando mi retaguardia: para observar y contenerla, dispuse que todo el resto del 10. Ligero, que permaneció todo ese día conmigo, al mando de su comandante de batallón, ocupara una casa fronteriza á este rumbo.

"Habiéndole salido mal al enemigo estas operaciones, intentó flanquearme por la izquierda, donde tenía dos entradas: una, la de la calzada interior de los arcos; y la otra, la calzada antigua del Resguardo por el puente de los Insurgentes. Necesitaba yo artillería para contenerlos por la primera; pero ya he dicho á V. E. que no logré colocar la pieza que debía enfilear esta calzada, por falta de una esplanada; y de aquí resultó que el enemigo pudiera penetrar por dichas calzadas, se posesionase de las zahurdas que se habían en la antigua calzada del Resguardo, y amenazase mi flanco izquierdo por la huerta del Molinito.

"En vista de la imposibilidad de usar de la artillería para enfilear la calzada interior de San Cosme, coloqué en el parapeto de este lado cerca de 100 hombres del 11o., que rompieron inmediatamente el fuego sobre la infantería enemiga, y para impedir el acceso á la casa del Molinito ó á su cerca, mandé abrir la puerta de esta casa con un cañonazo, y que el coronel D. Luis Manuel de Herrera con una compañía del 3o. Ligero penetrase á hacer un reconocimiento. Este jefe volvió á poco, manifestándome que la fuerza de que se había

servido no había ejecutado sus órdenes y se había dispersado demasiado. En vista de esto, ordené al teniente coronel Echeagaray, que apoyaba la espalda de su cuerpo á la casa de la garita, sirviendo como de reserva, que con todo el resto de él entrase por la misma puerta y ocupase las alturas y la huerta.

"El fuego de la fusilería enemiga arrebató ya por este flanco á quemarropa á los artilleros que tenía yo á mi lado, matándome también las mulas de las piezas, lo que me obligó á retirar éstas dentro de los arcos de la portada, y me puso en la necesidad de cerciorarme personalmente de la ejecución del movimiento de la infantería, que, como llevo dicho, mandé situar en el Molinito.

"A falta de infantería, de que no me quedaba ni un sólo hombre, por haber empleado los 500 que componían los cuerpos y piquetes de que he hablado, en los puntos amenazados que he referido, hice bajar á cosa de 100 hombres que tenía en la azotea de la garita de San Cosme, considerando que el enemigo no tardaba en darme la última carga, puesto que había cesado sus fuegos de artillería; y mandé al capitán que mandaba esta fuerza que penetrase en las zahurdas sobre la calzada del Resguardo para contenerlo. El referido capitán me hizo observaciones de que con tan corta fuerza no le sería posible ejecutar este movimiento; yo conocí la justicia de esta representación; pero, no teniendo ya tiempo de que disponer para solicitar de V. E. que avanzase el batallón de Granaderos, que se mandó



retirar sin mi conocimiento á la casa de la Pinillos, repetí la orden al expresado capitán de un modo positivo, quien salió por la portada á obedecerla, y apenas pudo llegar al arco que da entrada á las referidas zahurdas, donde rompió el fuego, cuando fué repelida su infantería por la del enemigo, quien se alertó con este retroceso y cargó ya de una manera decisiva, no siéndome dable retirar más de una sola culebrina de á 4 y un carro de municiones, por haber quedado las otras (piezas) sin mulas y sin artilleros.

“Reunida esta pieza con mi batallón de Granaderos en la casa de la Pinillos, donde hice alto mientras que pudo bajar éste, se me ordenó retirarme á la Ciudadela. Lo verifiqué así, poniéndome á la cabeza de mi batallón, y encargando la conducción de la pieza y del carro al Sr. D. Antonio Haro, que funcionaba de ayudante de V. E.” (138)

Santa-Anna confirma en casi todos sus partes el anterior relato. Se recordará que al tener noticia de que nuestras fuerzas se replegaban de Santo Tomás, el general presidente se trasladó con sus tropas de reserva de Belem á San Cosme. Dió allí sus órdenes á Rangel para la defensa de la garita, é hizo reforzar la tropa de Peña y Barragán que ocupaba el parapeto avanzado. Sabedor de la

(138) En la defensa de la garita de San Cosme fueron heridos los capitanes D. Gervasio Torres y D. Antonio Arroyo, siéndolo mortalmente el primero.

pérdida de la garita de Belem, acudió á asegurar la conservación de la Ciudadela y á procurar, aunque en vano, el recobro de dicha garita; y como á las cinco de la tarde se le avisó que la garita de San Cosme necesitaba refuerzo. “Regresé para aquel punto—d. cc.—con el batallón 3o. Ligero y un piquete de Granaderos de la Guardia: al llegar me impuse por mi ayudante el coronel Cosío, que el parapeto avanzado había sido abandonado por las cargas repetidas del enemigo, y que, al retirarse con las dos compañías del 11o. batallón, le fueron muertos por nuestra metralla dos soldados, recibiendo él una contusión. Observé en seguida que la defensa estaba reducida á la sola garita, que sostenía con valor el general Rangel. Dispuse que el 3o. Ligero quedase de reserva á espaldas de la garita, y mandé ocupar la casa de D. Atilano Sánchez y otras inmediatas, para que fuesen apoyadas nuestras fuerzas de la garita. Entretanto se ejecutaba esta operación por el 1o. Ligero, vi morir á algunos oficiales y soldados de este cuerpo por los proyectiles del enemigo, que menudeaban. Se me dijo allí que por los jardines de la casa nombrada de Pinillos se introducía el enemigo, y pasé á ella con 100 Granaderos de la Guardia, que hice situar en las azoteas, después de cerciorado que no había nada por los jardines. Acabada esta operación, ya al concluir la tarde, oyí repentinamente un toque de corneta procedente de la garita de San Cosme, que, repetido, no me cupo duda que se tocaba retirada: salí



precipitado con mi estado mayor para informarme de aquel incidente, cuando los grupos de tropa que venían desbandados, nos atropellaban, de modo que no quedó más recurso que marchar entre ellos, hasta que por los esfuerzos de mis ayudantes se logró que detuvieran la carrera y oyeran mi prevención de replérgase á la Ciudadela, adonde los conduje con no poco trabajo, siendo necesario destacar algunas partidas de caballería para hacer volver á muchos oficiales, que con más ó menos número de soldados se marchaban por diferentes calles.—Las siete de la noche serían cuando me encontraba en las puertas de la Ciudadela, y hasta no quedar satisfecho de haber entrado toda la fuerza de San Cosme, no me apé del caballo, que montaba desde las cuatro de la mañana.”

Al llegar á esta parte de mi labor, recibo y extracto varios apuntamientos, debidos á la amistad de uno de los jefes que acompañaron al general Rangel en la retirada por la Verónica y San Cosme y en la defensa de aquella garita.

Según tales apuntamientos, las fuerzas de Rangel al retirarse á Santo Tomás por la Verónica, fueron segadas y tiroteadas con artillería y fusilería por una columna norteamericana salida del bosque de Chapultepec, y hubo que hacerlas caminar por los potreros laterales para que ofrecieran menor volumen, no obstante lo cual, tuvieron bajas de muertos y heridos y no por dispersión. Después de la carga ó exploración en que salió herido

Ramiro, aprovechando Rangel la suspensión del avance del enemigo, emprendió en muy buen orden con sus tropas la retirada de Santo Tomás á la garita de San Cosme; pero advirtiendo su movimiento los contrarios, destacaron una nube de tiradores que hostilizaron á nuestra gente hasta la garita, recibiendo, á su turno, el fuego que los soldados de Rangel, al avanzar, no cesaban de hacer á retaguardia. Los tiradores del invasor retrocedieron á reunirse con la columna de ataque, detenida á medio tiro de cañón de la garita, que habría sido fácilmente tomada á la sazón, pues nuestras fuerzas no tenían ya municiones, ni hubo repuesto de ellas sino dos horas después. Rangel pidió refuerzos de gente, artillería y municiones, y recibió las piezas de que se ha hablado, y una parte de las compañías del 30. Ligerero que con Lazcano se retiraron de Chapultepec á Belem; quedando el resto de dichas compañías, con el mismo Lazcano, á las inmediatas órdenes de Santa-Anna. Echeagaray con las fuerzas del 30. Ligerero reunidas en San Cosme, ocupó la azotea de la casa que posteriormente fué de Bassoco. Rangel proveía á la defensa de la garita con actividad y valor imperturbable: permanecía á caballo en el centro de la entrada, presentando su costado izquierdo al enemigo, y en tal posición dictaba sus órdenes. Habiendo pedido á Santa-Anna nuevos refuerzos, se mandó venir las compañías del 30. Ligerero que con Lazcano habían quedado de reserva: cuando estaban ya á dos cuadras de la garita, este oficial envió á



avisar á Echeagaray que acababa de recibir orden de contramarchar á la Ciudadela: el expresado jefe del cuerpo comunicó el aviso á Rangel, quien, vivamente contrariado, mandó prevenir, bajo su propia responsabilidad, á Lazcano, que acudiera con su gente á la garita. Probablemente el mismo Rangel mandó dar toque de llamada para más obligar á Lazcano á acercarse con su fuerza: lo cierto es que el corneta de la garita dió el toque de retirada en los momentos en que el enemigo abordaba la posición y que las tropas nuestras, ya desmoralizadas, huyeron, arrojándose de las azoteas abajo no pocos soldados. (139)

Hasta aquí los apuntamientos á que me he referido.

Indudable es que en la garita de San Cosme, como en la de Belem, era insuficiente la fuerza opuesta á un enemigo formidable y resuelto; y que no hay necesidad de buscar otra causa á la pérdida de ambos puntos.

Tomada la garita de San Cosme, (140) donde, según Worth, cayeron prisioneros varios jefes y oficiales nuestros, entre ellos el ayu-

(139) Echeagaray se retiró á la Ciudadela, donde reorganizó el 30. Ligero, saliendo con él y las demás tropas en la noche hacia Guadalupe.

(140) El coronel Garland sólo menciona una pieza allí capturada; pero deben haber sido tres. El mismo jefe recomienda el comportamiento del teniente U. S. Grant (hoy el general Grant) del 40. de infantería.

dante Castañares, y muchos soldados, entró la columna del expresado mayor general, y el capitán Huger estableció en batería sus piezas de sitio, que, á las nueve de la noche, dirigieron cinco bombas y algunas balas rasas al centro de la ciudad. El mismo Worth dice: "Como á la una de la madrugada, una comisión de la municipalidad vino con bandera blanca á mis puestos avanzados, anunciando que inmediatamente después de los disparos de mis piezas de sitio, el gobierno y el ejército empezaron á evacuar la ciudad, y que dicha comisión traía encargo de conferenciar con el general en jefe, á cuyo cuartel general fué llevada por el ayudante general Mackall." Es de advertir que en el resto de la madrugada, Scott no dió á Worth y á Quitman aviso alguno de la rendición de la capital.

Santa-Anna hab'a presidido, á las ocho de la noche, en la Ciudadela, una junta de guerra de generales por él convocada para tomar una determinación en circunstancias tan críticas, y á la cual concurrió el gobernador del Estado de México, Olaguibel, que con 200 hombres y 4 piezas ligeras, había venido esa tarde de la hacienda de los Morales en auxilio de la capital. En dicha junta se habló de los últimos acontecimientos. "Se deploró—dice Santa-Anna—la situación á que nos había reducido la desobediencia de unos, la cobardía de otros y la inmoralidad en general de nuestro ejército, de manera que no había que esperar mejor conducta: también se hizo ver en favor de él, que las continuas revueltas, nuestra desor-



ganización social y el mal sistema de reemplazarlo, habían influido mucho en aquel mal, á la vez que por nuestra escasez, los soldados no eran atendidos con lo que les pertenecía, como puntualmente acontecía en aquel día, que no habían probado alimento; que en cuatro anteriores se les debían los socorros, y no se sabía si para el siguiente tendrían qué comer. Se manifestó igualmente la escasez de municiones para poder sostener un día más el combate, las pocas fuerzas que habían quedado, y, últimamente, que, reducidos al sólo recinto de la Ciudadela, era consiguiente que el enemigo apuraría sus proyectiles, y no sería posible permanecer en ella un par de horas: que ocurrir á los edificios de la ciudad sería comprometerla sin esperanzas de un buen suceso, cuando el pueblo, con pocas excepciones, no tomaba parte en la lucha. Estas y otras reflexiones se tuvieron presentes para resolver, como se acordó unánimemente, que á la madrugada se evacuara la Ciudadela y edificios inmediatos, y que la artillería, municiones y tropa se situaran en la ciudad de Guadalupe Hidalgo, todo á las órdenes del general Lombardini, como se efectuó. Los cuerpos de caballería que estaban en la capital, recibieron orden de estar también á la madrugada en la ciudad de Guadalupe, para incorporarse á la división de caballería que allí se hallaba con el E. Sr. general Alvarez." (141)

(141) Según se dijo entonces, algunos jefes opinaron por la inmediata salida del ejército;

El gobierno general y el ejército se ausentaban de México, y era preciso proveer á la seguridad de su vecindario inerme. El Ayuntamiento, que no había cesado un punto de proporcionar hombres y materiales para la defensa, y que había conferenciado largamente con el general Tornel, gobernador del Distrito, respecto de la conducta que seguiría en el desgraciado evento que ahora se presenta-

Olagübel proponía una junta más numerosa para discutir el punto, y Santa-Anna determinó desde luego la salida.

Se calculaba en unos 4,000 hombres la caballería y en cerca de 5,000 la infantería. La primera salió al mando de los generales Alvarez, Quijano y Andrade. La segunda salió dividida en cuatro secciones, y se componía de los nacionales de Toluca al mando de Olagübel; de los batallones de Lagos, Iturbide y Tula al mando del comandante Arroyo; de muchos piquetes de diferentes cuerpos al mando del general Martínez y de los restos de los cuerpos Ligeros y del 110. de Línea al mando del general D. Francisco Pérez.

Leo en los "Apuntes para la Historia de la Guerra."

"Por un descuido inconcebible, las únicas fuerzas que se retiraron fueron las que había en la Ciudadela, en la casa de Ayllon, en la Acordada y en el Portillo de San Diego; quedando enteramente olvidadas las del Niño Perdido, la Profesa, San Fernando, y otras que cubrían el servicio de la Plaza."



ba, dió en él pruebas de dignidad y energía que honran verdaderamente á sus miembros y á la ciudad en cuyo nombre obraron. (142) Cerciorada por alguno de sus individuos—D. Rafael Espinosa, que había acudido al general D. José Joaquín de Herrera—de la inmediata salida del ejército, la corporación municipal, á las once de la noche del 13 de Septiembre (1,847), acordó una protesta y unas proposiciones que fueron presentadas al jefe enemigo por los capitulares D. José Urbano Fonseca, D. José María Zaldívar y D. Juan Palacios, y el oficial mayor D. Leandro Estrada; protesta y proposiciones que no dejará pasar inadvertidas la historia. El primero de tales documentos decía: “El Ayuntamiento de México protesta del modo más solemne á nombre de sus comitentes, ante la faz del mundo y del general en jefe del ejército norte-americano, que si los azares de la guerra han puesto á la ciudad en poder de los Estados Unidos

(142) Componíase el ayuntamiento del alcalde D. Manuel Reyes Veramendi; de los concejales D. Juan María Flores y Terán, D. Vicente Pozo, D. Lucio Padilla, D. Rafael Espinosa, D. José Urbano Fonseca, D. Agustín Díaz, D. José María Bonilla, D. Mariano de Beraza, D. Juan Palacios, D. Pedro Tello de Meneses, D. Leandro Pinal, D. Mariano de Icaza, D. José María Aguayo, D. José María Zaldívar, D. Antonio Balderas, D. Antonio Castañón y D. José María de la Piedra; y del oficial mayor D. Leandro Estrada.

del Norte, nunca es su ánimo someterse voluntariamente á ningún jefe, persona, ni autoridad, sino á las que emanan de la Constitución Federal sancionada por el gobierno de la República Mexicana, sea cual fuere el tiempo que de hecho dure la dominación extraña. Las proposiciones garantizaban la seguridad de templos, conventos, hospitales, casas de beneficencia, bibliotecas y archivos, colegios y escuelas, casas particulares, y toda propiedad mueble ó inmueble, del común, de corporaciones ó de individuos; el gobierno de la ciudad por las leyes vigentes y en uso de sus fueros; la administración de justicia en el orden civil y criminal con arreglo á las mismas leyes y por las autoridades del país; el modo de cubrir las vacantes del gobernador del Distrito y de los jueces; la conservación, administración é inversión por el ayuntamiento de las rentas municipales y de las contribuciones directas; la conservación por el mismo ayuntamiento de la fuerza armada necesaria á la seguridad de las prisiones y á la tranquilidad del vecindario. Por último, la corporación municipal tomaría para los usos de su cargo las maderas, jarciá y demás útiles de la defensa, y mantendría enarbolado el pabellón nacional en su palacio; y el jefe enemigo dispondría que sus tropas se alojaran en determinados cuarteles, impidiéndoles el tránsito innecesario por las calles, particularmente de noche, y trabar cuestiones políticas con los vecinos, é impidiendo, además, á los contraguerrilleros y merodeadores la entrada á la ciudad.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



Pocos ejemplos se hallarán de exigencias semejantes de parte de un vencido; y si, como era lógico y natural, no fueron en su totalidad admitidas por Scott, las obsequió en agosto, y es innegable que su importancia misma y el valor civil con que fueron presentadas, han debido influir en el otorgamiento de varias de ellas y en la disminución de los males consiguientes á toda ocupación extranjera. "La comisión—decía el ayuntamiento en su manifiesto de 25 de Septiembre—se dirigió á la una y media de la madrugada del 14 al señor general Scott, que estaba en Tacubaya, sin regresar sino hasta después que el referido señor general ofreció por su propio honor, por el de su ejército y por el de la nación á que pertenece, hacer cumplir todas aquellas garantías que fuesen compatibles con la seguridad de su ejército; ofreciendo igualmente seguir tratando del pormenor de las que se pedían, luego que se ocupase la capital." Scott dijo á su gobierno: "Como á las cuatro de la madrugada siguiente (14 de Septiembre) una comisión del ayuntamiento vino á decirme que el gobierno y el ejército de México habían huido de la capital unas tres horas antes; y á pedirme términos de capitulación en favor de la Iglesia, de los ciudadanos y de las autoridades municipales. Desde luego contesté que no firmaría capitulación alguna; que la ciudad había estado virtualmente en poder nuestro desde la hora en que Worth y Quitman el día antes tomaron las garitas; que sentía la silenciosa fuga del ejército mexicano; que im-

pondría á la ciudad una contribución moderada para objetos especiales; y que el ejército americano no entraría bajo otras condiciones que las que él mismo se impusiera; es decir, las que su propio honor, la dignidad de los Estados Unidos y el espíritu del siglo exigieran é impusieran á juicio mío." (143) Agrega Scott que al terminarse su entrevista con la diputación municipal, envió, al amanecer, órdenes á Worth y Quitman para que avanzaran lenta y cautelosamente, á fin de evitar traiciones, hacia el centro de la ciudad y ocuparan sus puntos más fuertes y dominantes.

Las tropas de Worth habían pernoctado en la garita de San Cosme y puntos adyacentes. A las tres de la madrugada del 14, el teniente de ingenieros Smith, se adelantó con alguna tropa á reconocer el convento de San Fernando, que halló fortificado, pero ya sin guarnición: en la calzada inmediata (hoy calle de Rosales) halló un parapeto también abandonado. El teniente de ingenieros Mac-Clellan, adelantó su reconocimiento hasta la Alameda, y en seguida, á las cinco de la mañana, las tropas y artillería gruesa de Worth avanzaron y ocuparon dicha Alameda, en su extremidad cercana á la calle del Puente de San Francisco, y se detuvieron allí por orden expresa de

(143) En las órdenes generales de Scott de 17 y 18 de Septiembre, de que pronto hablaré, fueron consignadas algunas de las garantías pedidas por el ayuntamiento en favor de la ciudad.



Scott, que quiso que la columna de Quitman fuese la primera que entrara al centro de la capital.

Por el rumbo de Belem, á la hora del alba, unos cuantos individuos salieron de la Ciudadela con bandera blanca, invitando á Quitman á tomar posesión de dicha fortaleza y noticiándole el abandono de la ciudad. Los tenientes Lowell y Beauregard se adelantaron á reconocer el punto, que ocuparon en seguida la brigada Smith y las demás fuerzas de Quitman, excepto el regimiento de Carolina del Sur, dejado en la garita. Fueron halladas en la Ciudadela quince piezas de artillería montadas, como otras tantas sin cureña, y considerable cantidad de armamento corto y perrechos, y el 2o. regimiento de Pennsylvania fué dejado allí de guarnición. "Comprendiendo—dice Quitman—que habría grandes depredaciones en el palacio y demás edificios públicos, moví la columna en aquella dirección, en el mismo orden, seguida de la batería ligera del capitán Steptoe, por las principales calles hasta la plaza mayor, donde formó frente al palacio nacional. (144) El capitán Ro-

(144) La columna de Quitman, según el plano de las operaciones de este jefe, vino por el costado oriental de la Ciudadela y siguiendo diversas calles, hasta las de Nuevo-México, Rebeldes y San Juan de Letrán y Plazuela de Guardiola; y tomó desde aquí por las calles de San Francisco y de Plateros hasta la Plaza de Armas.

berts, del regimiento de Rifleros, que había mandado la cabeza de la columna de asalto en Chapultepec y distinguióse en todas las operaciones del 13, fué designado por mí para enarbolar la bandera estrellada de nuestro país en el palacio nacional. La bandera, primera insignia extraña que había ondeado sobre este edificio desde la conquista de Cortés, fué desplegada y saludada con entusiasmo por todas mis tropas. (145) El palacio, que se había llenado ya de ladrones y rateros, fué puesto á cargo del teniente coronel Watson y de su batallón de Marineros, quienes lo hicieron despejar y lo preservaron de nuevas expoliaciones. A nuestra llegada á la plaza, el teniente Beauregard fué enviado á dar noticia de los sucesos al general en jefe, quien debió venir por la Alameda con la columna del general Worth. Como á las ocho de la mañana llegó dicho general en jefe á la plaza, y fué recibido y victoreado con entusiasmo por las tropas."

No obstante que desde las seis apareció en las esquinas una proclama del Ayuntamiento anunciando la ocupación pacífica de la capital por el enemigo, y excitando al vecindario á

(145) A las siete de la mañana según el general Smith.—Se obligó al guarda mayor del alumbrado, Pomposo Gómez, á ayudar en la operación de arriar la bandera nuestra y enarbolar la enemiga, y pocas noches después fué asesinado, no se sabe si en algún arranque de patriotismo mal entendido.



conservar una actitud digna y tranquila; no obstante esto, digo, una hora después de la llegada de las tropas norte-americanas á la plaza, y cuando empezaban á dividirse para ir á tomar cuarteles las de Quitman, y las de Worth aun no avanzaban de la Alameda, el pueblo, indignado con la presencia de los invasores, rompió sobre ellos fuego graneado de fusilería desde las esquinas de las calles y desde las puertas, ventanas y azoteas de algunas casas. Los jefes norte-americanos asientan que Santa-Anna, al evacuar la ciudad, dió suelta á los presos de las cárceles, y que éstos fueron principalmente los sostenedores del tirroteo. (146) Si por la deserción de las guardias de las prisiones, posible y probable, en momentos de confusión y desorden, se evadieron algunos criminales, creíble es que hayan tratado de ponerse en salvo antes que de pelear con el extranjero. Lo cierto es que las nuevas hostilidades provinieron de la parte resuelta y belicosa del vecindario, azuzada acaso por los oficiales y soldados que no salieron en la madrugada con el ejército; sosteni-

(146) Worth asegura que "todos los presos de las diversas cárceles, en número de unos 3.000 hombres, fueron soltados de orden del gobierno en fuga, armados y distribuidos en los edificios dominantes, inclusive iglesias, conventos y hasta hospitales, con el fin de excitar si era posible á toda la población á la revuelta, y lograr por medios bastardos lo que todo el ejército mexicano no había podido."

da por multitud de individuos de la guardia nacional que conservaban armas y parque, y secundada en el resto del día 14 y en la mañana del 15 por destacamentos de caballería que Santa-Anna, creyendo en un verdadero levantamiento popular, hizo retroceder de San Cristóbal y Guadalupe á fin de reforzarlo y dirigirlo. Worth dice que el primer disparo sobre su columna hirió gravemente al coronel Garland, y que el último dió muerte al teniente Sidney Smith: que destacó en tiradores una parte de su infantería y mandó hacer fuego con sus obuses y hasta con las piezas de sitio sobre las casas de donde salían los disparos. Scott mandó que fuesen voladas, y esto no se efectuó por falta de pólvora, pues había que traerla de Chapultepec; pero, según los mismos jefes enemigos, multitud de casas fueron abiertas á hachazos, se hizo avanzar á la infantería por sus azoteas, se redujo á prisión á los vecinos que parecían sospechosos, y se fusiló á los tenidos por culpables. (147) Tres

(147) "No era tiempo de medidas á medias, dice Worth, y si muchas personas inocentes sufrieron incidentalmente en el castigo que tuvimos precisión de aplicar á los salidos de las cárceles, la responsabilidad pesará sobre el bárbaro y vengativo jefe que en tal necesidad nos puso."

El teniente de ingenieros Smith dice: "Muchas casas fueron abiertas violentamente por mis soldados con picos y barras; muchas personas sospechosas reducidas á prisión, y al-